



Miguel León-Portilla
"Poetas de México-Tenochtitlan"
p. 133-186

Trece poetas del mundo azteca
Miguel León-Portilla (selección, versión,
introducción y notas explicativas)

México
Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas
(Serie Cultura Náhuatl. Monografías 11)

Primera edición impresa UNAM: 1967

Primera edición impresa UNAM con ISBN: 2019

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2021

ISBN de PDF: 978-607-30-4431-8

<https://ru.historicas.unam.mx>



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0
Internacional
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

© 2021: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<https://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

POETAS DE MÉXICO-TENOCHTITLAN

*En el lugar de los dardos de colores,
de los escudos pintados,
es Tenochtitlan [...].
Abren aquí sus corolas
las flores del Dador de la vida.*

Cantares mexicanos, f. 18r.



Glifo de Tenochtitlan

TOCHIHUITZIN COYOLCHIUHQUI

POETA, HIJO DE ITZCÓATL Y SEÑOR DE TEOTLALTZINCO*

Es cierto que fue sobre todo en Tezcoco donde más vigorosamente floreció el pensamiento de los sabios y poetas seguidores de la doctrina de la flor y el canto. Bastaría con recordar los bien conocidos nombres de Nezahualcóyotl, Cuacuauhtzin, Nezahualpilli y Cacamatzin, cuyas creaciones poéticas permiten ya entrever la hondura y el verdadero sentido humano de su pensamiento. En contraposición con la más frecuente actitud espiritualista y de reflexión muchas veces filosófica, tan frecuente entre los sabios y poetas de Tezcoco, parece obvio suponer que en la capital azteca, en México-Tenochtitlan, el pensamiento y la poesía giraron siempre alrededor de los temas bélicos tan preferidos por quienes se tenían a sí mismos como el pueblo escogido del sol. Esto es verdad pero sólo a medias, como lo veremos al tratar de Tochiuhitzin Coyolchihuiqui, el sabio azteca que supo dejarnos la versión náhuatl de ese tema universal que es concebir la vida como un sueño.

Tochiuhitzin fue contemporáneo de Nezahualcóyotl. Gracias a los *Anales de Cuauhtitlan* sabemos que fue uno de los varios hijos de Itzcóatl, supremo gobernante azteca a quien tocó hacer frente a la agresión de los tecpanecas de Azcapotzalco hasta cimentar, no sólo la plena independencia de su pueblo, sino también la raíz de su grandeza.¹ El historiador de origen azteca Fernando de Alvarado Tezozómoc refiere en su *Crónica mexicáyotl* un episodio en el que aparece actuando Tochiuhitzin precisamente en los días de la lucha contra los tecpanecas. En el año 5-Caña que correspondió al de 1419, Tochiuhitzin con varios hermanos suyos ayudó a salvar a Nezahualcóyotl que estaba a punto de

* Nació a fines del siglo XIV y falleció a mediados del XV.

¹ *Anales de Cuauhtitlan*, en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945, f. 36.

caer en manos de sus enemigos, los de Azcapotzalco. En ese año había sido asesinado Ixtlilxóchitl, el padre de Nezahualcóyotl y la vida del príncipe tezcocano se encontraba también en peligro. Gracias a la intervención de su fiel servidor Coyohua de Teopiazco y de Tochiuhuitzin y sus hermanos, Nezahualcóyotl recibió asilo al lado de los aztecas.

Aunque no puede precisarse la edad que tenía Tochiuhuitzin al tomar parte en este episodio, hay otro hecho consignado en la *Crónica mexicáyotl* que ayudará a esclarecer este punto. Refiere allí Tezozómoc que Tochiuhuitzin contrajo matrimonio con una de las hijas del célebre consejero Tlacaélel, de nombre Achihuapoltzin.² Si esto ocurrió probablemente poco después de la participación de Tochiuhuitzin en el rescate de Nezahualcóyotl, bien puede concluirse que hacia 1419 no debía tener más de 25 años. La fecha de su nacimiento debe pues situarse a fines del siglo XIV.

Nada tiene de inverosímil pensar que, así como Tochiuhuitzin tuvo parte en el rescate de Nezahualcóyotl, también debió actuar en otras ocasiones durante la guerra contra Azcapotzalco. Al lado de su padre Itzcóatl y de su suegro, el sagaz y poderoso Tlacaélel, y colaborando también probablemente con su tío, el joven Motecuhzoma Ilhuicamina, Tochiuhuitzin contribuyó como guerrero a la victoria que había de llegar a ser principio de la grandeza de la nación azteca. Muy probablemente como recompensa a su valor lo encontramos años más tarde, según otro testimonio de la misma *Crónica mexicáyotl*, como señor de Teotlaltzinco, pueblo vecino de la región de Huexotzinco, en las estribaciones orientales del Iztaccíhuatl.³ Allí vivió Tochiuhuitzin en compañía de su esposa, la hija de Tlacaélel y allí fue también probablemente donde pudo consagrar algún tiempo a sus meditaciones y creaciones poéticas.

Desgraciadamente no sabemos más acerca de la vida de Tochiuhuitzin. Ignoramos cuáles fueron sus actuaciones como gobernante y desconocemos también la forma y la fecha de su muerte, la cual verosímilmente tuvo lugar durante la segunda mitad del siglo XV. El sobrenombre de Coyolchiuhqui que recibió, y que significa “hacedor de

² Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia/Instituto de Antropología e Historia, 1949, p. 127.

³ *Loc. cit.*

“cascabeles”, puede aludir o a que haya practicado este oficio en su juventud, o de manera metafórica, a sus dotes de forjador de cantos. Por lo menos en una ocasión se le recuerda, junto con otros poetas famosos de la región de Huexotzinco, en uno de los cantares anónimos de la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México.

En ese mismo manuscrito se incluyen dos breves composiciones que se atribuyen a Tochiuitzin. En ellas, “el hacedor de cascabeles” se nos muestra como un genuino *tamatini*, sabio preocupado por dar un sentido más hondo a la existencia. El primero de estos poemas es original apuntamiento al tema de la vida concebida como un sueño. Tochiuitzin logra un feliz paralelo: en la tierra sólo hemos venido a soñar y este sueño bien pronto se acaba; nuestro ser es como la yerba, nuestro corazón da flores, pero también muy pronto éstas se secan. Conjugando concisión con hondura de pensamiento, Tochiuitzin alude en el segundo de sus poemas a la metáfora de flor y canto. Los sabios y los príncipes viven el canto y entreabren el misterio de la flor. Tochiuitzin sólo entreteje la grama; los sartaes de flores, a cuyo lado viven los sabios, caen muy lejos de él.

Estos dos únicos ejemplos que tenemos de lo que debió haber sido la obra de Tochiuitzin, “el hacedor de cascabeles”, justifican ya la inclusión de su nombre entre los de los más célebres *cuicapicque*, forjadores de cantos, del mundo náhuatl prehispánico.

ZAN TONTEMIQUICO

In ic conitotehuac in Tochiuitzin;
in ic conitotehuac in Coyolchiuhqui:
 Zan tocochtlehuaco,
 zan tontemiquico,
 ah nelli, ah nelli
 tinemico in tlalticpac.
 Xoxopan xihuitl ipan
 tochihuaca.
 Hual cecelia, hual itzmolini in toyollo
 xochitl in tonacayo.
 Cequi cueponi,
 on cuetlahuia.
In conitotehuac in Tochiuitzin.⁴

CUICATL ANYOLQUE

Cuicatl anyolque,
xochitl ancueponque,
antepilhuan,
ni zacatimaltzin, in Tochiuitzin,
ompa ye huitze
xochimecatl.⁵

⁴ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 15r.

⁵ *Cantares mexicanos...*, f. 15r.

VINIMOS A SOÑAR

Así lo dejó dicho Tochiuitzin,
así lo dejó dicho Coyolchihuiqui:
De pronto salimos del sueño,
sólo vinimos a soñar,
no es cierto, no es cierto,
que vinimos a vivir sobre la tierra.
Como yerba en primavera
es nuestro ser.
Nuestro corazón hace nacer, germinan
flores de nuestra carne.
Algunas abren sus corolas,
luego se secan.
Así lo dejó dicho Tochiuitzin.

VIVISTEIS EL CANTO

Vivisteis el canto,
abristeis la flor,
vosotros, oh príncipes,
yo, Tochiuitzin, soy tejedor de grama,
el sartal de flores
por allá cae.

AXAYÁCATL

POETA Y SEÑOR DE TENOCHTITLAN*

No sólo Tezcoco tuvo algunos de sus mejores poetas entre sus reyes y gobernantes. También Tenochtitlan conoció la inclinación a la poesía como atributo de más de un *tlatoani* o supremo señor. Es cierto que la gran mayoría de los cantares netamente aztecas que se conservan han de atribuirse a autores para nosotros anónimos. Pero también es verdad que conocemos los nombres y algunos rasgos de las vidas de los más famosos forjadores de cantos del Pueblo del sol. Gracias a ello hemos tratado ya de la obra poética del sabio Tochiuhitzin Coyolchiuhqui, “el hacedor de cascabeles”, descendiente de Itzcóatl y más adelante hablaremos también de Macuilxochitzin, la poetisa, hija del gran consejero Tlacaélel, así como del “cantor de la amistad”, el famoso guerrero Temilotzin. Y no son éstos los únicos. Se conservan los nombres de otros cuantos poetas, asimismo de Tenochtitlan, como Teoxímac y Nohnohuiatzin.

Volviendo a quienes alcanzaron el rango de supremo señor o *tlatoani*, se dice en las fuentes que fueron forjadores de cantos: Motecuhzoma Ilhuicamina, Axayácatl, Ahuízotl, así como el desafortunado Motecuhzoma II, Xocoyotzin. De entre ellos nos ocuparemos aquí de Axayácatl, de quien se conservan dos poemas particularmente bellos, el primero, recordación de los ancestros, y canto triste el segundo, tras la única derrota que conocieron los aztecas en los días de su esplendor.

Nos dice el historiador Chimalpain que Axayácatl fue hijo del príncipe azteca Tezozomoczin y de una señora de Tlacopan llamada Huitzilxochitzin.¹ Sus padres, conviene subrayarlo, no fueron reyes de

* Nació hacia el año 9-Casa (1449) y murió en el 2-Casa (1481).

¹ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuantzin, *Anales. Sixième et septième relations (1258-1612)*, publicación y traducción de Rémi Siméon, París, Maisonneuve et Ch. Leclerc, 1889, p. 108.

Tenochtitlan. Tezozomoc, que era descendiente de Itzcóatl, aunque no fue *tlatoani*, tuvo en cambio tres hijos que sí llegaron a serlo, Axayácatl, Tízoc y Ahuízotl. Y curiosamente, como lo nota el cronista azteca Alvarado Tezozómoc, siendo Axayácatl el más joven, fue el primero en alcanzar la suprema dignidad, gracias a la insistencia del poderoso y ya anciano consejero Tlacaélel.²

No sabemos la fecha exacta del nacimiento de Axayácatl, aunque podemos conjeturarla si recordamos que a lo largo de su vida se repite siempre, aún pocos años antes de su muerte, como en el caso de la guerra contra los matlatzincas en 1474, que era “mozo y de poca edad”.³ Si pudo tener entonces escasos 25 años, cabe decir que debió haber nacido hacia el año 9-Casa, o sea hacia el de 1449.

La elección de Axayácatl como *tlatoani* de los aztecas tuvo lugar en 1468. A juicio de Tlacaélel, y contándose con el parecer de Nezahualcóyotl, se confiaba así el mando supremo a un “mancebo valeroso”,⁴ de quien podía esperarse lo mejor. No pensaron esto mismo sus hermanos mayores, Tízoc y Ahuízotl, los que bien pronto hicieron público su descontento, según lo consigna Alvarado Tezozómoc: “Ellos, los hermanos mayores, en nada estimaban a Axayácatl, el menor, y hacían menosprecio de las conquistas de los mexicas en cualquier sitio, cuando Axayácatl las acometía y cautivaba en ellas prisioneros [...]. Y decían, ¿acaso es verdaderamente un hombre Axayácatl? ¿Acaso sabe hacer cautivos en la guerra?”⁵

Pero, como el mismo cronista azteca lo afirma a continuación, “aunque Axayácatl era el menor, fue sin embargo un gran guerrero que había vencido a los huexotzincas. Por eso a él se le eligió para gobernar primero [...] aquí en Tenochtitlan”.⁶

A lo largo de los trece años de su reinado pudo Axayácatl desvanecer con hechos las intrigas de sus hermanos y confirmar la opinión de “mancebo valeroso” que de él habían tenido Tlacaélel y Nezahualcóyotl. En

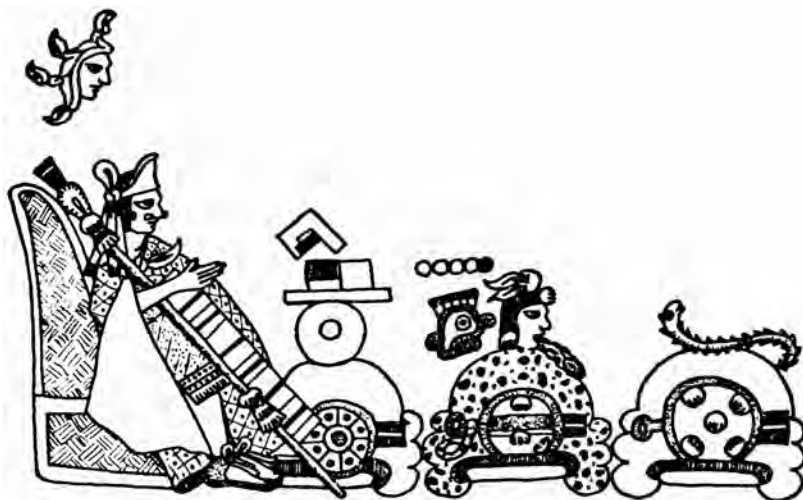
² Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed. de José María Vigil, México, Leyenda, 1944, p. 174-175.

³ Fray Diego de Durán, *Historia de las Indias de Nueva España y islas de Tierra firme*, 2 v. y un atlas, México, José F. Ramírez, 1867-1880, v. I, p. 275.

⁴ *Ibidem*, p. 255.

⁵ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana...*, p. 115-116.

⁶ *Ibidem*, p. 116-117.



Axayácatl frente a la representación simbólica de algunas de sus conquistas: Témalacan (?), Tlatelolco con la fecha 5-Lluvia, Ocuillan, *Códice Azcoteitlan*, lám. XIX

tres guerras verdaderamente importantes para la nación azteca había de participar Axayácatl, la primera contra sus vecinos de Tlatelolco, la segunda con los matlatzincas de la región de Toluca y la última contra los purépechas de Michoacán. Y si bien es cierto que en la última Axayácatl hubo de conocer la derrota, en todas actuó siempre con inteligencia de esforzado capitán. Una breve recordación de estas tres campañas emprendidas por Axayácatl, así como de otros hechos que hablan de su sentido religioso y de su afición por las artes, ayudará a conocer un poco más la fisonomía espiritual de este *tlatoani* azteca que también llegó a situarse entre los poetas más distinguidos del Pueblo del sol.

Vieja era la rivalidad que existía entre Tenochtitlan y la que llamaremos “ciudad gemela” del vecino islote de Tlatelolco. Al tiempo de la elección de Axayácatl, gobernaba Tlatelolco Moquihuixtli, el cual, entre otras cosas, era cuñado del nuevo señor de los aztecas. Pero si en algunos casos la relación de parentesco puede tener sus ventajas, en éste vino a ser principio de nuevas dificultades y finalmente ocasión de una guerra declarada.

Abundante información encontramos en las historias indígenas acerca de los motivos que hicieron abortar las antiguas rencillas de los

pueblos hermanos de Tenochtitlan y Tlatelolco. A Moquihuitli se le había hecho imposible la vida en compañía de Chalchiuhnenetzin, su esposa, hermana de Axayácatl. Tenía ésta a sus ojos no pocos defectos, entre otros, un tan mal aliento que volvía insoportable cualquier contacto con ella. Consecuencia de esto fue que el señor tlatelolca afrentara de continuo a la reina y buscara sin recato solaz con sus numerosas concubinas. Ofendida Chalchiuhnenetzin, cada vez hacía llegar con más frecuencia sus quejas a su hermano Axayácatl. Motivo agravante fue también por ese tiempo, como lo refiere Durán, que “unos mancebos traviosos”, hijos de principales aztecas, después de trabar amistad en el mercado de México con doncellas de Tlatelolco, al acompañarlas de regreso a su casa, “las trataron con mucha deshonestidad, violándolas la puridad y entereza de sus personas”.⁷

En el año 7-Casa (1473), la guerra contra Tlatelolco fue un hecho. Siguiendo el consejo de Tlacaélel y asistido por otros capitanes, Axayácatl se puso al frente de las huestes aztecas. La lucha se decidió bien pronto. Huyeron los tlatelolcas y Moquihuitli con su lugarteniente Tecónal se refugió subiendo a lo más alto del templo de su ciudad. Hasta allí les dio alcance Axayácatl y “entrando osadamente [...] los mató y sacó arrastrando y echó por las escaleras abajo del templo”.⁸ La victoria de Axayácatl trajo consigo la incorporación total de Tlatelolco, que se convirtió en una porción más de México-Tenochtitlan.

Poco tiempo después, hacia 1476, se le presentó a Axayácatl nueva ocasión de demostrar su valor. Ciertamente es que para ello hubo de interrumpir otras formas de actividad que mucho le interesaban. Las antiguas doctrinas religiosas, la poesía y la ciencia del calendario, que le eran ya familiares desde sus días de estudiante en el *calmecac*, seguían cautivando su atención. El mismo Durán nos dice que, poco antes de la guerra contra los matlatzincas, Axayácatl “estaba ocupado en labrar la piedra famosa y grande, muy labrada, donde estaban esculpidas las figuras de meses y años, días y semanas, con tanta curiosidad que era cosa de ver”.⁹ Y además de seguir así muy de cerca el trabajo de los canteros que estaban por terminar la que hoy conocemos como “piedra

⁷ Durán, *Historias de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme...*, v. 1, p. 256.

⁸ *Ibidem*, p. 269.

⁹ *Ibidem*, p. 272.

de sol”, no es inverosímil suponer que, escapándose de otras tareas inherentes a su cargo, consagrara algunas horas a su afición por la poesía. Es posible que al menos uno de los poemas que de él se conservan, aquel en el que hace recordación de su padre y de otros antepasados ilustres, fuera compuesto por Axayácatl durante este tiempo.

Pero la obligación de la guerra, misión del Pueblo del sol que tenía por destino ensanchar los dominios de Huitzilopochtli y mantener con el líquido precioso de la vida del astro de quien dependía la existencia de la edad presente, movió una vez más a Axayácatl a ponerse al frente de sus ejércitos. Sin detenernos aquí en los pormenores de la guerra contra los matlatzincas, diremos únicamente que en ella quedaron de nuevo victoriosos los aztecas guiados por Axayácatl. Sólo que esta vez, al conquistar el triunfo, Axayácatl recibió grave herida en un muslo. Este episodio, en cierto modo trivial, dio sin embargo tema a la poetisa azteca Macuilxochitzin que, al recordarlo, supo destacar asimismo el valor de Axayácatl de quien afirma que “las flores del águila quedaron en sus manos”, ya que él “por todas partes hizo conquistas”.

Se conserva también otra anécdota de esta guerra que ofrece buen testimonio, tanto de la modestia de Axayácatl como de su hondo aprecio por el arte del bien decir. Estando ya para comenzar la batalla contra los matlatzincas, pidieron varios capitanes aztecas a Axayácatl que les hiciese una plática y arengase a las tropas. El joven señor, perdida tal vez la paz interior ante la lucha inminente y con conciencia clara del valor de la palabra en momento tan decisivo, encargó a varios ancianos que en su nombre hicieran llegar su pensamiento a los guerreros. He aquí el testimonio del cronista que refiere a este episodio: “Los más principales generales de los ejércitos pidieron al rey Axayácatl que hiciese una plática a todo el ejército, el cual, como era mozo y de poca edad, no quiso por su propia persona hacella, e encomendó a los viejos ancianos que de su parte lo hiciesen. Y estando él presente junto al retórico que hacía la plática, por dar autoridad a su palabra les dijo [...]”.¹⁰

En el recuerdo del pueblo quedó así aunada la modestia de Axayácatl con su triunfo sobre las fuerzas matlatzincas. Las celebraciones de

¹⁰ *Ibidem*, p. 275.



Axayácatl durante la guerra contra Tlatelolco, en la que mejor que nunca tuvo ocasión de mostrar su valor, *Atlas de Durán*, lám. X

la victoria habrían de regocijar todavía más a Tenochtitlan. Con renovado entusiasmo el ya muy viejo consejero Tlacaélel concibió entonces la idea de emprender otra conquista que tenía él por de suma importancia. Era necesario someter a las gentes de Michoacán y, con los cautivos que de allí habían de traerse, podría inaugurarse al fin el recinto donde debía colocarse la piedra del sol, obra en la que tanto empeño había puesto Axayácatl.

Hacia 1478, Axayácatl y sus aliados con un ejército que, según las crónicas, estaba formado por 24 000 hombres, marcharon con rumbo al occidente, hacia la región poblada por los renombrados purépechas. Según el historiador Chimalpain, quien dicho sea de paso sitúa esta guerra como anterior a la emprendida contra los matlatzincas, Axayácatl, al frente de sus hombres, hizo esta vez uso de la palabra y les dijo:

Ahora nos acercamos a Michoacán,
sobre ellos han caído,
habrán de caer los viejos guerreros aztecas,
allá vendrán a exponerse al peligro,
vendrán a terminar la obra los viejos águilas,

el guerrero,
 el águila experimentada,
 el Huitznáhuatl,
 la antigua nobleza.¹¹

Situados ya los aztecas en territorio enemigo, descubrieron por sus espías que el ejército de Michoacán era en realidad más poderoso puesto que tenía cerca de 40 000 hombres. Lo imprevisto, pero también ya inevitable, sucedió entonces. Los aztecas “acometieron a los tarascos, y fue tan sin provecho la remetida, que como moscas, dice la historia, que caen en el agua, así cayeron todos en manos de los tarascos. Y fue tanta la mortandad que en ellos hicieron, que los mexicanos tuvieron por bien de retirar la gente que quedaba porque no fuese consumida y acabada”.¹²

Triste fue esta vez el regreso a Tenochtitlan. La descripción que dejaron los cronistas indígenas, tanto de la llegada de los sobrevivientes derrotados, como de las exequias y otras ceremonias religiosas que tuvieron entonces lugar, es ciertamente dramática: “Los viejos comenzaron a cantar, y todos atados y trenzados los cabellos, con cueros colorados, señal de tener tristeza por su capitán, y como buenos soldados y amigos, hacían aquel sentimiento, ayudando con lágrimas a las mujeres, hijos y parientes”.¹³

Cierto es que Axayácatl fue confortado y consolado por los sacerdotes, los nobles y los ancianos y muy en especial por Tlacaélel. Mas no por esto se apaciguó su dolor que bien hondo se muestra en el otro poema que de él conocemos, compuesto, a lo que parece, poco tiempo después de su regreso a Tenochtitlan. En el manuscrito de *Cantares* en el cual se incluye, aparece esta anotación por demás clara: “Lo hizo cantar el señor Axayácatl cuando no pudo conquistar a los de Michoacán, sino

¹¹ Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpain Cuauhtlehuantzin, *Cuarta relación, en Diferentes historias originales de los reynos de Culhuacan, y México, y de otras provincias*, traducción y explicación de Ernst Mengin, Hamburgo, 1950 (Mitteilungen aus dem Museum für Völkerkunde in Hamburg, XII), f. 101r.

¹² Durán, *Historias de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme...*, v. I, p. 291.

¹³ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana...*, p. 233.

que se regresó de Tlaximaloyan, porque no sólo murieron muchos capitanes y guerreros, sino que muchos se fueron huyendo”.¹⁴

Con la modestia que ya conocemos y en medio de su abatimiento al componer este cantar, pidió Axayácatl a un anciano le ayudara a hacerlo puesto que él desconfiaba de su propia capacidad como poeta. *Huehucuícatl*, “Canto de ancianos”, se tituló su obra. En ella, si bien se eleva el llanto por la derrota, se hace también exhortación a los guerreros valientes para que recobren el ánimo y recuerden que, quienes son conquistadores de tiempos antiguos, deben ya volver a la vida y al triunfo.

Algunos años sobrevivió Axayácatl a este infausto suceso. En ellos tuvo ocasión de alcanzar triunfos menores como el que logró contra las gentes de la región poblana de Tliluhquitepec. De gran satisfacción debió serle también contemplar la solemne ceremonia que se hizo al inaugurar al fin la piedra del sol. Pero, la tragedia de esa derrota, la única conocida por el pueblo de Huitzilopochtli así como las murmuraciones e intrigas que ésta volvió a despertar, habían afligido en tal forma a Axayácatl, que nunca pudo ya recuperarse del todo. Poco después, hacia el año de 1480, Axayácatl cayó gravemente enfermo.

Sintiendo cercana su muerte, ordenó entonces se esculpiesen en las peñas de Chapultepec, tanto la efigie de Motecuhzoma Ilhuicamina como la suya propia. Y refiere Durán que, concluidas éstas el año siguiente, 2-Caña (1481): “Se hizo llevar a ver su estatua y a la vista de los señores se despidió de todos sintiéndose muy al cabo. Y dice la historia que no pudo tornar a México vivo y que murió en el camino en las mismas andas que le traían. Murió mozo y de muy poca edad. Reinó trece años, y antes que muriese, murió Nezahualcóyotl, señor y rey de Tezcucó”.¹⁵

Quizás como único consuelo en sus últimos días pudo tener Axayácatl alguna vaga presunción de que entre sus varios hijos, al menos alguno habría de llegar al rango supremo de *tlatoani*. Sabemos que inmediatos sucesores suyos fueron sus hermanos mayores Tízoc y Ahuizotl, los que tanto habían murmurado de él. Pero, al fin, no uno sino

¹⁴ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 73v.

¹⁵ Durán, *Historias de las Indias de Nueva España y islas de tierra firme...*, v. I, p. 302.

dos de sus hijos llegarían a sucederle y por cierto en circunstancias más dramáticas aún que las que trajo consigo la derrota en Michoacán. A Motecuhzoma II y a Cuitláhuac, hijos de Axayácatl, tocaría contemplar los últimos días de grandeza de la nación azteca.

Ya hemos mencionado cuáles fueron las probables circunstancias en las que compuso Axayácatl los dos poemas que se le atribuyen en las fuentes indígenas. Cantos de recordación son ambos. A través de ellos puede vislumbrarse algo del alma de Axayácatl, el joven *tlatoani* que no alcanzó a cumplir 40 años. Quizás ante los ataques de sus hermanos mayores que lo increpaban por ser joven, quiso él ahondar en el pasado, vinculándose con plena conciencia al tronco de sus ancestros.

“Quienes antes estuvieron con nosotros”, nos dice, en el primero de sus poemas, “viven ahora en la región del color rojo”, en donde existe el saber. Grande fue Itzcóatl, el vencedor de las gentes de Azcapotzalco. “Eras festejado, divinas palabras hiciste”, exclama Axayácatl, pero “a pesar de ello, has muerto”. Ancianos y jóvenes, todos marchan “a la región donde de algún modo se existe”. El Dador de la vida “a nadie hace resistente sobre la tierra”. También Motecuhzoma, el abuelo de Axayácatl, al igual que el sabio Nezahualcóyotl y Totoquihuatzin, señor de Tlacopan, “nos dejaron huérfanos”. Y aludiendo más tarde a su propio padre, el príncipe Tezozomocli, y como dirigiendo esto a sus propios hermanos, Tízoc y Ahuízotl, repite Axayácatl que también él “nos abandonó” y que por ello “a solas da salida a su pena”.

Si nada hay estable en la tierra, si los señores y los príncipes, quienes en verdad fueron grandes y fuertes, “han dejado huérfanos a la gente del pueblo, a las ciudades”, ya no parece tan extraña la inquietud y el temor. ¡Si al menos los nuevos gobernantes pudieran consultar a quienes ya se han marchado! Frente al misterio de la desaparición de los hombres, lo único que queda es esforzarse y volver sobre sí mismo para encontrar el camino aquí sobre la tierra.

Las preguntas finales de este primer poema de Axayácatl, que sin duda recuerdan las de otros muchos forjadores de cantos del mundo náhuatl, si son testimonio de tristeza, son también prueba del hondo sentido de reflexión alcanzado por algunos de los sabios del México antiguo: “¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber? Por esto yo a solas doy salida a mi pena”.

“Canto de los ancianos” se titula la segunda composición que nos dejó Axayácatl. Ya vimos antes que, tras la derrota sufrida por los aztecas en su intento de someter a los señores de Michoacán, Axayácatl compuso un cantar ayudado por un anciano poeta. Con el propósito de hacer confesión del fracaso y recordación triste de los capitanes y guerreros que allí perecieron, se une la exhortación a recobrar el ánimo y la palabra dirigida a “los conquistadores de tiempos antiguos que deben volver a vivir”.

Valiéndose de la misma metáfora que usó Nezahualpilli en su poema acerca de la guerra, también Axayácatl compara a ésta con la embriaguez: “Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyáhuac [...]. ¡Vinimos a quedar embriagados!”

Dramática es la imagen de la derrota, más que hondamente sentida por los aztecas ya que fue la única que conocieron en los tiempos prehispánicos: “Cuando vieron que sus guerreros ante ellos huían, iba reverberando el oro y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban, ¡que no os hagan prisioneros! ¡Que no sea a vosotros, daos prisa!”

Pero volviendo sobre sí mismo, el gran señor de Tenochtitlan exclama entonces: “Yo el esforzado en la guerra, yo Axayácatl, ¿caso cuando sea viejo, se dirán estas palabras de mis príncipes águilas [...]? Estoy abatido, soy despreciado, estoy avergonzado”.

Axayácatl fue hombre de rostro y corazón doblemente atormentado. En el primero de sus poemas confesó incertidumbre y angustia frente al enigma de la región de los muertos. Ahora aparece afligido por el desastre de la batalla que habrá de dar mucho que decir a sus antiguos rivales, sus propios hermanos. Pero si Axayácatl conoció la amargura de la angustia, en el recuerdo de sus antepasados encontró siempre nuevo ánimo. Así exclama: “Sobre la estera de las águilas, sobre la estera de los tigres, es exaltado vuestro abuelo Axayácatl [...]. Aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos, con ellos dimos gloria a nuestras gentes”.

Y finalmente, como si se recomiera en su interior y encontrara la solución a sus preocupaciones en una cierta manera de escepticismo burlón, concluye el poema con estas palabras: “Por esto yo me río, yo, vuestro abuelo Axayácatl, de vuestras armas de mujer, de vuestros escudos de mujer [...]. ¡Conquistadores de tiempos antiguos, volved a vivir!”

El rápido análisis de los dos poemas de Axayácatl permitirá quizás apreciar algo de lo que fue la trama interior de la vida del joven *tlatoani*, que encontró en el mundo de la flor y el canto atinada forma de expresión a sus dudas, a sus angustias y ambiciones. Si como gobernante de la nación azteca pasó por propio derecho a la historia, como poeta ha de incluirse también en la serie de los grandes maestros de la palabra nacidos en México-Tenochtitlan.

YCUIC AXAYACATZIN, MEXICO TLATOHUANI

Zan nican temoc y xochimiquiztli tlaplan,
aci yehua ye nican,
in tlapalla quichihuan,
tonahuac onoque.
Choquiztlehuatiuh,
yece ye oncan nepan netlazalo,
ylhuicatl ytic cuicachocoa,
ica huiloan quenonamican.

Zan tonilhuizolon,
teotlatollin ticchiuh,
zan can timomiquili in itech.
In coloztetlayocotli, teicnotlamachti.
Ticchiuh.
¿O ach anca oquitto in tlatatl?
Aya in mahmana, tlatzihui.
Ayac quiyocoyan Ipalnemoa.
¿Choquizilhuitl, in yehua ya yxayoilhuitl!
Huallaocoya moyollo.
¿Zan nel ocpa huitze teteuctin?
Zan niquimonilnamiqui in Itzcoatl,
notlayocol itech aci a noyol.
¿O ach anca ciahui,
ontlatzihui in yehuan chane,
in Ipalnemoa?
O ayac tlaquahuac quichihuan talticpac.
¿Zan nelpan tonyazque?
Notlayocol itech aci a noyol.

Y e onetocoto,
ohuiloa ca.
In tepilhuan, in tlatoanime, teteuctin,
tehyaicnoocauhtehuaque.
¡Mayan tlayocoxti, o antepilhuan!

CANTO DE AXAYÁCATL, SEÑOR DE MÉXICO

Ha bajado aquí a la tierra la muerte florida,
se acerca ya aquí,
en la Región del color rojo la inventaron
quienes antes estuvieron con nosotros.
Va elevándose el llanto,
hacia allá son impelidas las gentes,
en el interior del cielo hay cantos tristes,
con ellos va uno a la región donde de algún modo se existe.

Eras festejado,
divinas palabras hiciste,
a pesar de ello has muerto.
El que tiene compasión de los hombres, hace torcida invención.
Tú así lo hiciste.
¿Acaso no habló así un hombre?
El que persiste, llega a cansarse.
A nadie más forjará el Dador de la vida.
¡Día de llanto, día de lágrimas!
Tu corazón está triste.
¿Por segunda vez habrán de venir los señores?
Sólo recuerdo a Itzcóatl,
por ello la tristeza invade mi corazón.
¿Es que ya estaba cansado,
venció acaso la fatiga al Dueño de la casa,
al Dador de la vida?
A nadie hace él resistente sobre la tierra.
¿Adónde tendremos que ir?
Por ello la tristeza invade mi corazón.

Continúa la partida de gentes,
todos se van.
Los príncipes, los señores, los nobles
nos dejaron huérfanos.
¡Sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Mach oc hualquinehua,
mach oc hualilotihua
can ompa ximoa?
¿In cuix oc techmatiquih
in Moteuczomatzin, in Nezahualcoyotzin, Totoquihuatzí?
Techyiaicncauhtehuazque,
¡tlayocoxti, o antepilhuan!

¿Zan on in nemia noyollo?
In ni Axayaca za niquiyatemoa,
in techcahuaco in Tezozomocitli,
notlayocol a noconayaihtoá yan zayio.
O anca in mahcehual, atloyantepetl,
huiya a inoquitquico in teteuctin,
in concauhtehuaque.
¿O ach acoc necehuiz?
¿Ach acoc huitz?
¿nechonmatiquih?
Notlayocol a noconayaihtoá yan zayio.¹⁶

¹⁶ *Cantares mexicanos...*, f. 29v-30r.

¿Acaso vuelve alguien,
acaso alguien regresa
de la región de los descarnados?
¿Vendrán a hacernos saber algo
Motecuhzoma, Nezahualcóyotl, Totoquiuhatzin?
Nos dejaron huérfanos,
¡sentid tristeza, oh vosotros señores!

¿Por dónde anda mi corazón?
Yo, Axayácatl, los busco,
nos abandonó Tezozomocli,
por eso yo a solas doy salida a mi pena.
A la gente del pueblo, a las ciudades,
que vinieron a gobernar los señores,
las han dejado huérfanas.
¿Habrás acaso calma?
¿Acaso habrán de volver?
¿Quién acerca de esto pudiera hacerme saber?
Por eso yo a solas doy salida a mi pena.

HUEHUE CUICATL

Techtlahuancanotzque in Michhuacan, in Zamacoyahuac,
tihuitzmanato ye timexica:

¡Tihihuintique!

¿Quen man inticauhque in quauhuehuetzin, yaotzin?

¿Quen mach in mochiuhque in mexica,
in huehuetque xoxocomique?

¡Aocac quittoa in ye tiquinquequeza ilamatzitzin!

¡Chimalpopoca! ¡ni Axayaca!

Ye ticauhque in amocolton Cacamaton

Tlahuanoyan nontlacactica in amocolton.

Mononotztoque quauhuehuetque,

in Tlacaelel, Cahualtzin,

quilmach acanihque iachcahua,

cancauhtiquizque teuhthli Michhuacan.

¿Anozo oncan temactlanque cuecuexteca, in tlatilolca?

In Zacuatzin, in ye Tepantzin, Cihuacuecueltzin,

in tzontecan ica, yn elelhiquiuh ica,

on teachtitoa:

¡xicaquican!, ¿tlein yequichihua in tequihuaque?,

¿aocmo mictlani?,

¿aoc tlamannequi?

In oquimittaque in yaohua

imixpan hualehua,

teocuitlatl pepetzcatihuitz,

in zan quetzalpanitl ytlaxopalehua,

jamech ana!,

¡ma amotzin, y a xontlazacan!

In ma yehuantin telpopotzitzintin

yehua tlamacaznequi,

intla ca ye, huan yancazaoquic tiquauhchocazque,

ancazaiquic tocelochocazque,

CANTOS DE LOS ANCIANOS

Nos llamaron para embriagarnos en Michoacán, en Zamacoyahuac,
fuimos a buscar ofrendas, nosotros mexicas:

¡Vinimos a quedar embriagados!

¿En qué momento dejamos a los águilas viejos, a los guerreros?

¿Cómo obrarán los mexicanos,

los viejos casi muertos por la embriaguez?

¡Nadie dice que nuestra lucha fue con ancianas!

¡Chimalpopoca! ¡Yo Axayácatl!

Allá dejamos a vuestro abuelito Cacamatón.

En el lugar de la embriaguez estuve oyendo a vuestro abuelo.

Vinieron a convocarse los viejos águilas,

Tlacaélel, Cahualtzin,

dizque subieron a dar de beber a sus capitanes,

a los que saldrían contra el señor de Michoacán.

¿Tal vez allí se entregaron los cuextecas, los tlátelolcas?

Zacuatzin, Tepantzin, Cihuacuecueltzin,

con cabeza y corazón esforzado,

exclaman:

¡Escuchad! ¿Qué hacen los valerosos?

¿Ya no están dispuestos a morir?

¿Ya no quieren ofrecer sacrificios?

Cuando vieron que sus guerreros

ante ellos huían,

iba reverberando el oro

y las banderas de plumas de quetzal verdegueaban,

¡que no os hagan prisioneros!

¡Que no sea a vosotros, daos prisa!

A estos jóvenes guerreros

se les quiere sacrificar,

si así fuere, nosotros graznaremos como águilas,

nosotros entretanto rugiremos como tigres,

in tiquahuehuetque.
jamechana!
Ma amotzin ya xon tlaccacan.

Yaonotlahueliltic,
in Axayacatl,
¿cuix ye no huehueyo
inin netlatoliz in noquapilhua?
Ayn maca yehuatl, in noxhuiuh,
can namechcahuazquiz.
Xochitl mantiuh,
ica momaquixtia in Huitznahuatl Yaotl.

Onontotolcatoc, nontlatlatlaztoc,
nochichichatoc, in nomocolton, in Axayaca.
Maximotlalicán, in antequihuahque, amiyahque,
maytlecax ypan anhualcholotin, anmotlatizque,
ica ahuetzi y chiquacol
yn amocolton in Axayaca.

Ceceppa tetlaocolhuetequiti,
in yequichihua in yemexica.
Noxhuihua, in omoxcuinque,
in nahuítica yniman ic on huehueti,
chimalli xochitl tomac onmania.
Auh in nelli mexica, in noxhuihuan,
cecentecpantica, ontecpantica,
in huehuehti,
chimalli xochitl tomac onmania.

Quauhpetlapan,
ocelopetlapan,
onehuatica in amocol, in Axayaca.
Contlachinol pipitztica in Itlecatzin,
manel yhuiquentel popocatica.
Aiccehui in chimaltica,
conehca pehuítica tlacochtica,
in quixelotica yn Itlecatzin,
manel yhuiquentel popocatica.

nosotros viejos guerreros águilas.
¡Que no os hagan prisioneros!
Vosotros, daos prisa.

Yo el esforzado en la guerra,
yo Axayácatl,
¿acaso en mi vejez
se dirán estas palabras de mis príncipes águilas?
Que no sea así, nietos míos,
yo habré de dejaros.
Se hará ofrenda de flores,
con ellas se ataviará, el Guerrero del sur.

Estoy abatido, soy despreciado,
estoy avergonzado, yo, vuestro abuelo Axayácatl.
No descanséis, esforzados y bisoños,
no sea que si huís, seáis consumidos,
con esto caiga el cetro
de vuestro abuelo Axayácatl.

Una y otra vez heridos por las piedras,
los mexicas se esfuerzan.
Mis nietos, los del rostro pintado,
por los cuatro rumbos hacen resonar los tambores,
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.
Los verdaderos mexicas, mis nietos,
permanecen en fila, se mantienen firmes,
hacen resonar los tambores,
la flor de los escudos permanece en vuestras manos.

Sobre la estera de las águilas,
sobre la estera de los tigres,
es exaltado vuestro abuelo, Axayácatl.
Itlecatzin hace resonar los caracoles en el combate,
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.
No descansa él con su escudo,
allí comienza él con los dardos,
con ellos hiere Itlecatzin,
aunque los plumajes de quetzal ya estén humeantes.

In oc tonnemi tamocolhua,
y patlahuac in tatlahuh, in totlacoeh,
ic tiquimahuiltique in tonahuac.
Tlacazo ayaxcan in huehuetihua,
tlacazo ayaxca in huehueyotl.
Can yenica ninochoquilia, namócol, yn ni Axayaca,
niquilnamiqui nohuehueicnihuan,
in Cuepanahuaz, in Tecale, in Xochitlahuan, in Yehuaticac.
Ma cerne nican hualquizazcan
cecenteutli,
pan momaticotinican Chalco.
Cuecizque inquincuitihuetzi oyohualli,
yequecizqui yn camilacatzoa teuhtli.

Zanamoca nihuehuetzca,
namocol,
anmocihuatlahuizan,
mocihuachimal.
¡Tequihuaque huecayuh,
xinencan!¹⁷

¹⁷ *Cantares mexicanos...*, f. 73v-74v.

Todavía vivimos vuestros abuelos,
aún es poderosa nuestra lanzadera, nuestros dardos,
con ellos dimos gloria a nuestras gentes.
Ciertamente ahora hay cansancio,
ahora ciertamente hay vejez.
Por esto me aflijo, yo vuestro abuelo Axayácatl,
me acuerdo de mis viejos amigos,
de Cuepanáhuaz, de Tecale, Xochitlahua, Yehuaticac.
Ojalá vinieran aquí
cada uno de aquellos señores
que se dieron a conocer allá en Chalco.
Los esforzados vendrían a tomar los cascabeles,
los esforzados harían giros alrededor de los príncipes.

Por esto yo me río,
yo vuestro abuelo,
de vuestras armas de mujer,
de vuestros escudos de mujer.
¡Conquistadores de tiempos antiguos,
volved a vivir!

MACUILXOCHITZIN

POETISA, HIJA DE TLACAÉLEL*

Bien sabido es por el testimonio de varios cronistas que entre los nahuas hubo también mujeres que cultivaron el arte de la poesía. Ixtlilxóchitl alude a varias de ellas y justamente, al tratar de la figura del rey Nezahualpilli, hemos aducido sus palabras acerca de aquella célebre y real concubina conocida con el sobrenombre de la “Señora de Tula”, la cual, como dice el cronista de Tezcoco, “era tan sabia que competía con el rey y con los más sabios de su reino y era en la poesía muy aventajada”.¹ Por otros rumbos, Chimalpain en sus *Relaciones* y los *Anales de Cuauhtitlan* mencionan también la existencia de poetisas y aun llegan a transcribir algunos fragmentos de sus composiciones.²

Magnífica muestra de la ternura y del ingenio de la mujer náhuatl como poeta nos la ofrece un largo canto incluido en los folios 39v-40v del tantas veces citado manuscrito *Cantares mexicanos* que se conserva en la Biblioteca Nacional de México. Es la transcripción de un *cozolcuícatl*, que tanto vale como “canción de cuna”, dirigida al pequeño Ahuízotl

* Vivió a mediados del siglo xv.

¹ Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, 2 v., México, Alfredo Chavero, 1891-1892, v. II, p. 268.

² También en los mitos hay deidades femeninas a las que se atribuyen expresiones que son a la vez revelación y poesía. Así, en los *Anales de Cuauhtitlan* (en *Códice Chimalpopoca*, ed. fototípica y trad. del Lic. Primo F. Velázquez, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 1945, f. 3), aparece Itzpapálotl anunciando a los chichimecas su destino por los distintos rumbos del mundo:

Marcharéis hacia el oriente,
hacia allá lanzareis vuestras flechas.
También al rumbo de los muertos (el norte),
al interior de las grandes llanuras,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas.
Y asimismo a donde están las sementeras acuáticas,
hacia allá lanzaréis vuestras flechas [...].

que más tarde sería señor de los aztecas. Sabemos que ese canto fue obra de una mujer porque quien lo compuso alude en él muchas veces a sí misma: “Yo soy doncella mexicana [...], yo doncellita he concebido mi canto en el interior de la casa de las flores.”

Mas si hemos de atribuir este poema, uno de los más bellos, a una joven de Anáhuac que supo forjarlo, desgraciadamente ignoramos su nombre y nada podemos decir de ella. Para fortuna nuestra hemos encontrado en cambio otro en la misma colección de *Cantares*, el cual, según parece, fue también fruto de la inventiva de una mujer, cuyo nombre esta vez sí conocemos. Extraño hubiera sido hacer mención del rostro y el corazón de trece poetas nahuas, sin incluir entre ellos los de alguna dama forjadora de cantos. A ignorancia nuestra o a grande malevolencia de los cronistas habría que atribuir tan lamentable omisión, sobre todo si se toma en cuenta la existencia de numerosos textos y cantares anónimos que deben recibirse como obra que fueron de mujeres prehispánicas. Los consejos llenos de poesía que da la madre a su hija pequeña, las palabras de la partera a la que va a dar a luz, los discursos de las ancianas pronunciados en distintas ocasiones, son patente confirmación de lo dicho.

Fue la señora Macuixochitzin, a quien, según parece, hay que atribuir el poema que aquí vamos a ofrecer y comentar, oriunda de México-Tenochtitlan, donde nació hacia 1435 y donde vivió probablemente buena parte de los años restantes del siglo XV. Su padre fue el celeberrimo consejero de los reyes aztecas, Tlacaélel. El historiador Tezozómoc da la siguiente noticia al tratar de la descendencia del mencionado Tlacaélel: “Los otros doce hijos del viejo Tlacaélel Cihuacóatl, cada uno tuvo distinta madre, fueron engendrados en sitios diferentes. He aquí sus nombres [...]. Estos dos fueron mujeres, el séptimo la llamada Tollintzin, el octavo la llamada Macuixochitzin. De ella nació el príncipe Cuauhtlapaltzin”.³

La princesa Macuixochitzin se llamó así, bien sea porque nació en un día del calendario que llevaba precisamente esta fecha, la de 5-Flor, que esto significa su nombre, o tal vez porque lo recibió a manera de

³ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl*, paleografía y versión al español de Adrián León, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia/Instituto de Antropología e Historia, 1949, p. 128.

apodo al ser conocida su afición por la poesía. Sabido es que Macuilxóchtli era también uno de los títulos con que se invocaba al dios de las artes, del canto y la danza. Por su parte, los antiguos textos nahuas en que se describe el carácter propicio o nefasto de cada uno de los días, al tratar de la fecha 5-Flor y de las fiestas en honor de Macuilxóchtli, repiten con insistencia que quienes nacían en ese día, tenían por destino llegar a ser forjadores de cantos.

La hija del poderoso Tlacaélel, Macuilxochitzin, que parecía tener tal destino, recibió sin duda esmerada educación desde pequeña. Ella debió haber escuchado de labios de su madre antiguos consejos en los cuales se hablaba a la “niñita que es como un jade, como un plumaje de quetzal, como lo más precioso que brota en la tierra”. Conoció entonces algo de lo que podía llegar a ser su destino en el mundo, cómo tenía que obrar y cuál era el camino para acercarse a los dioses y alcanzar así la precaria felicidad concedida a los mortales.

A Macuilxochitzin tocó vivir los días del máximo esplendor de los aztecas. Pocos años antes de la fecha probable de su nacimiento, sus tíos, el rey Itzcóatl y el entonces capitán Motecuhzoma Ilhuicamina, con el consejo de Tlacaélel, su padre, habían abatido a los antiguos dominadores de Azcapotzalco. Cuando Macuilxochitzin fue ya joven doncella, Tenochtitlan, donde había nacido, comenzó a ser metrópoli importante a la que afluían todo género de tributos y mercaderías traídas por los pochtecas, los comerciantes que marchaban a remotos lugares. Bien probable es que recibiera entonces de su padre variadas y preciosas joyas, finas telas y otros muchos dones más. Como las mujeres de su estirpe, también ella conocía el arte del telar y del bordado, así como el de preparar comidas y bebidas con que en más de ocasión debió de haber halagado a Tlacaélel.

Y si el pueblo todo y especialmente los nobles respetaban y admiraban al gran consejero, a quien el historiador Tezozómoc llegó a llamar “conquistador del mundo”,⁴ Macuilxochitzin que en él veía a su padre, no sólo debió demostrarle respeto y amor, sino que, como veremos por el poema que de ella se conserva, aprendió a interesarse por su actuación, sus triunfos y conquistas y aun por los consejos que daba

⁴ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl...*, p. 121.

en favor de Tenochtitlan. Si se tiene esto presente no parecerá extraño que precisamente el único poema que verosímilmente puede atribuirse a Macuilxochitzin trate de una de las más importantes conquistas, instigada por su padre y llevada a buen término por el señor Axayacatzin.

Los aztecas, a partir de su triunfo sobre los tecpanecas de Azcapotzalco y guiados primero por Itzcóatl y más tarde por Motecuhzoma Ilhuicamina, siempre con el consejo de Tlacaélel, habían comenzado su larga serie de conquistas. Así quedaron sometidos los señoríos de Cuitláhuac, Mízquic, Xochimilco, Culhuacan, Chalco, Tepeaca, Tecamachalco y aun otros más apartados en la Huasteca y en el país de los totonacas. Y por fin, en tiempos ya del señor Axayácatl, que como hemos visto había sido coronado en un año 3-Casa (1469), las antiguas rencillas con los vecinos de Tlatelolco, gente de la misma estirpe, tuvieron por consecuencia su incorporación violenta bajo el mando del gobierno de Tenochtitlan.

De todas estas conquistas debió de tener noticia la princesa Macuilxochitzin, tanto por la intervención que tuvo en ellas su padre como por las frecuentes salidas de los guerreros que regresaban victoriosos, acompañados de gran número de prisioneros y con las riquezas, botín de sus triunfos. En el año 10-Pedernal (1476), los aztecas se aprestaron una vez más a la guerra. Ésta se dirigía ahora contra los varios estados matlatzincas y otomíes del rumbo del Valle de Toluca. Es posible que Macuilxochitzin haya tenido conocimiento de las palabras que en esa ocasión dirigió Tlacaélel a Axayácatl. Deseoso de llevar a cabo esta conquista, el gran consejero, como lo recuerda el historiador Tezozómoc, dio a conocer así su parecer al supremo gobernante azteca: “Ahora, hijo mío, ya estoy muy viejo, después de muerto yo, no sé lo que sucedería en este caso, y pues está en vuestra mano el mando, que vayan luego sobre ellos y los destruyan, para que vengan a nuestra obediencia y tributo, sin remisión alguna”.⁵

El mismo Tezozómoc y otros cronistas recuerdan con detalle esta campaña de conquista, la cual, si bien terminó con la victoria aplastante de los ejércitos aztecas, fue también desafortunada para el rey Axa-

⁵ Fernando Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicana*, ed. de José María Vigil, México, Leyenda, 1944, p. 205.

yácatl que fue gravemente herido en una pierna por un capitán otomí, principal entre su gente, de nombre Tlílatl:

Los soldados varoniles, escribe el cronista, iban dando alcance a los toluqueños, diciéndoles: volved, volved, que a vuestro pesar nos habéis de tributar y ser nuestros vasallos. Llegados a Tlacotepec, estaba allá mucha gente de refresco de parte de los toluqueños aguardando a los mexicanos para darles por la espalda al tiempo que llegó Axayácatl con su poder, y luego que los vio comenzó a tocar un tamboril que llaman *yopihuéhuatl*, de alegría, y puesto con su plumaje iba con tanta prisa, y corría con tanto ardimiento, que hacía estremecer a sus enemigos. A esta sazón está soterrado junto a un maguey un principal, toluqueño valiente, llamado Cuéztzal (por otro nombre Tlílatl), y de un imprevisto, al pasar Axayácatl, salió y le hirió en un muslo, que le hizo doblar la rodilla.⁶

Sólo la oportuna llegada de refuerzos aztecas salvó a Axayácatl de la muerte y aseguró en breve tiempo la derrota del enemigo. Como era costumbre, lo primero que entonces se hizo fue enviar un mensajero que diera al ya anciano Tlacaélel la buena nueva de la victoria y asimismo “le avisase y diese cuenta de cómo venía Axayácatl herido en una pierna, que le hirió un capitán toluqueño”.⁷

Grande fue el recibimiento que se hizo a Axayácatl y a sus hombres en México-Tenochtitlan. Sin duda, mucho debió de hablarse de los sinsabores de esta guerra y en particular de la desgracia que aconteció en ella al señor de los aztecas. Natural cosa es que entre los allegados a Tlacaélel se conocieran no sólo los hechos culminantes de la lucha, sino también otros que casi parecen detalles secundarios y que sólo de paso son mencionados por los cronistas. Macuilxochitzin que tuvo noticia de ellos, al concebir un canto, recordación de la que parece haber sido una de las últimas conquistas instigadas por su padre, quiso evocar en él la actuación decisiva de un grupo de mujeres otomíes que con súplicas a Axayácatl salvaron la vida del capitán que lo había herido.

⁶ *Ibidem*, p. 208.

⁷ *Ibidem*, p. 210.

Este canto de Macuilxochitzin es precisamente el que se incluye en la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional de México.⁸ Con claridad indica en él la hija de Tlacaélel cuál es su intención; quiere dar gracias al supremo dios de los aztecas y desea preservar el recuerdo de la victoria de su pueblo: “Elevo mis cantos, exclama, yo Macuilxochitzin, con ellos alegre al Dador de vida.” Confiesa ignorar si es que sus cantos volarán hasta la morada del dios, pero se consuela pensando que al menos aquí en la tierra habrán de ser conocidos. Recuerda luego al señor Axayácatl, el cual sólo por breve tiempo sobrevivió a la conquista de los matlatzincas y como si hablara con él le dice: “Axayacatzin, tú conquistaste la ciudad de Tlacotépec! Allá fueron a hacer giros tus flores, tus mariposas [...] con esto has hecho ofrenda de flores y plumas al Dador de la vida!”

Como si ella misma lo hubiera contemplado, describe luego Macuilxochitzin los aprestos de la guerra: “Axayácatl pone los escudos de las águilas en los brazos de los hombres allá donde arde la guerra, en el interior de la llanura [...]. Las flores del águila quedan en tus manos, señor Axayácatl [...], por todas partes Axayácatl hizo conquistas, en Matlatzinco, en Malinalco, en Ocuilan.”

Evocada así la actuación de Axayácatl y recordada la victoria que puso en manos aztecas “las flores divinas del águila”, Macuilxochitzin dedica al fin buena parte de su canto a narrar la intervención femenina, cuando el gran jefe azteca fue gravemente herido: “Allá en Xiquipilco

⁸ El poema en cuestión está incluido en *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 53v. Las razones por las cuales lo atribuimos a Macuilxochitzin son las siguientes: primero, en la segunda línea del poema, quien dice haberlo concebido ofrece su nombre: Macuilxochitzin; segundo, es cierto que este nombre fue frecuente entre los nahuas, aplicado indistintamente a hombres y mujeres, pero la búsqueda en las principales fuentes históricas (Chimalpain, Ixtlilxóchitl, Tezozómoc, *Anales de Cuauhtitlan*, *Anales de Tlatelolco*, informantes de Sahagún, *Cantares mexicanos*, etc.), que nos ha permitido identificar a varios personajes con igual nombre, nos ha llevado también a la conclusión de que, si quien compuso el poema ha de ser de estirpe azteca y contemporáneo de Axayácatl, como se desprende del texto mismo, no hay mención de alguien más, que sepamos, en quien se reúnan estas condiciones fuera de la princesa Macuilxochitzin, hija de Tlacaélel; tercero, el hecho mismo de ofrecerse en el poema noticias detalladas acerca de la acción guerrera planeada por Tlacaélel y acerca de la cual, como dice Tezozómoc, “le enviaron un mensajero para que le avisase y diese cuenta”, está mostrando que el cantar muy probablemente fue concebido por alguien bien allegado al gran consejero de los reyes aztecas; y, finalmente, el papel que se concede en el poema a la intervención valiente de las mujeres otomíes que imploran por la vida del caudillo matlatzinca, parece indicar que es también una mujer la que se empeña en destacar la importancia que puede tener en las más graves circunstancias la participación femenina.

a Axayácatl lo hirió en la pierna un otomí. Su nombre era Tlílatl.” Por las crónicas se sabe que, gracias a la rápida llegada de refuerzos, Tlílatl cayó prisionero. Macuilxochitzin nos lo pinta acudiendo a sus mujeres y ordenándoles que atiendan al herido Axayácatl: “Preparadle, les dice, un braguero y una capa; se los daréis vosotras que sois valientes.”

Cuando Axayácatl se repone, hace venir ante él al capitán Tlílatl. Exclama: “¡Que venga el otomí, que me ha herido en la pierna!” El poema recuerda entonces el justificado temor del otomí y pone en sus labios palabras que expresan su honda perturbación: “¡En verdad me matarán!” Confuso aparece Tlílatl ante Axayácatl a quien hace reverencia, ofreciéndole torpemente una piel de venado y un grueso madero, símbolo quizás de lo que en realidad eran las riquezas y tesoros de los pobres otomíes.⁹ Fruto de compasión son en este contexto las últimas frases del canto de Macuilxochitzin: “Estaba lleno de miedo el otomí, nos dice, pero entonces sus mujeres por él hicieron súplica a Axayácatl.” Al parecer su intervención llegó al corazón del señor Axayácatl y al menos por el momento la vida de Tlílatl quedó a salvo.

Éste es el tema del cantar que con verosimilitud puede atribuirse a la princesa Macuilxochitzin, hija de Tlacaélel. Desgraciadamente no conocemos otras composiciones suyas y tampoco sabemos más acerca de su vida. El único dato que cabe recordar es el que nos conserva el historiador Tezozómoc en el párrafo que hemos citado: “De ella, nos dice, nació el príncipe Cuauhtlapaltzin.”¹⁰ Escasa como es la información acerca de esta noble mujer, lo poco que sabemos es nuevo ejemplo y confirmación de lo que ya conocíamos por el testimonio de otros cronistas: en el mundo náhuatl prehispánico hubo también rostros y corazones femeninos que, como la célebre señora de Tula, supieron distinguirse en el arte de la poesía.

⁹ Como en confirmación de lo dicho acerca de los muy escasos bienes y recursos de los otomíes, citaremos las palabras del señor matlatzincá Chimalteuctli, dichas a Axayácatl después de la victoria azteca. Axayácatl había marchado a Toluca para reponerse un poco y fue entonces cuando “sobrevino Chimalteuctli, señor de los matlatzincas, y díjoles: señores mexicanos, cese ya vuestro orgullo y braveza, que ya os somos vuestros vasallos y tributarios, mirad, señores, que en esta tierra y pueblo no hay otra cosa sino maíz, frijol, huauhtli, chian y tea para alumbrar de noche, que es candela, y esteras, *pélatl*. Esto es, señor, lo que en este pueblo vuestro se da y cría, y no otra cosa”.

¹⁰ Alvarado Tezozómoc, *Crónica mexicáyotl...*, p. 128.

MACUILXOCHITZIN ICUIC

A nonpehua noncuica,
ni Macuilxochitl,
zan noconahuiltia in ipalnemoa,
jyn maconnetotilo!

¿Quenonamican,
can o ye ichan
im a itquihua in cuicatl?
¿Ic zanio nican
y izca anmoxochiuh?
¡In ma onnetotilo!

Temomacehual matlatzincatl,
Itzcohuatzin:
¡In Axayacatzin ticmomoyahuaco
in altepetl in Tlacotepec!
O ylacotziuh ya ommoxochiuh,
mopapaloouh.
Ic toconahuiltia.
In matlatzincatl
in Toluca, in Tlacotepec.

Ayaxca ocontemaca
in xochitl ihuitl
ypalnemoa.
In quauhichimalli in temac,
ye quimana,
yan tlachinolli itic,
yxtlahuatl itic.
In neneuhqui in tocuic,
neneuhqui in toxochiuh,
can tiquaoxpan,
in toconahuiltia ypalnemoa.

CANTO DE MACUILXOCHITZIN

Elevo mis cantos,
Yo, Macuilxóchitl,
Con ellos alegre al Dador de la vida,
¡comience la danza!

¿Adonde de algún modo se existe,
a la casa de Él
se llevan los cantos?
¿O sólo aquí
están vuestras flores?,
¡comience la danza!

El matlatzinca
es tu merecimiento de gentes, señor Itzcóatl:
¡Axayacatzin, tú conquistaste
la ciudad de Tlacotépec!
Allá fueron a hacer giros tus flores,
tus mariposas.
Con esto has causado alegría.
El matlatzinca
está en Toluca, en Tlacotépec.

Lentamente hace ofrenda
de flores y plumas
al Dador de la vida.
Pone los escudos de las águilas
en los brazos de los hombres,
allá donde arde la guerra,
en el interior de la llanura.
Como nuestros cantos,
como nuestras flores,
así, tú, el guerrero de cabeza rapada,
das alegría al Dador de la vida.

In quauhxochitl
in momac ommani,
taxayacatzin.
In teoaxochitl,
in tlachinolxochitl ic
yzhuayotimani,
yca yhuintihua
in tonahuac onoc.

Topan cueponi
yaoxochitl,
in Ehcatepec, in Mexico,
ye yehuilo ya yca yhuintihua
in tonahuac onoc.

Za ye netlapalolo
in tehpilhuan,
in acolihuaque,
an antepaneca.
In otepeuh Axayaca
nohuian,
Matlatzinco, Malinalco,
Ocuillan, Tequaloya, Xohcotitlan.
Nican ohualquizaco.
Xiquipilco oncan
oquimetzhuitec ce otomitl,
ytoca Tlilatl.

Auh yn o ahcico,
quimilhui ycihuahuan:
-“Xitlacencahuacan in maxtlatl, in timatli,
anquimacazque amoquichui.”
Oquinenotzallan:
-“¡Ma huallauh yn otomitl,
yn onechmetzhuitec!”
Momauhtihica yn otomitl,
quittoa:
-“¡Anca ye nechmictizque!”

Las flores del águila
quedan en tus manos,
señor Axayácatl.
Con flores divinas,
con flores de guerra
queda cubierto,
con ellas se embriaga
el que está a nuestro lado.

Sobre nosotros se abren
las flores de guerra,
en Ehcatépec, en México,
con ellas se embriaga
el que está a nuestro lado.

Se han mostrado atrevidos
los príncipes,
los de Acolhuacan,
vosotros los Tecpanecas.
Por todas partes Axayácatl
hizo conquistas,
en Matlatzinco, en Malinalco,
en Ocuillan, en Tequaloya, en Xohcotitlan.
Por aquí vino a salir.
Allá en Xiquipilco a Axayácatl
lo hirió en la pierna un otomí,
su nombre era TlílAtl.

Se fue éste a buscar a sus mujeres,
les dijo:
“Preparadle un braguero, una capa,
se los daréis, vosotras que sois valientes.”
Axayácatl exclamó:
—“¡Que venga el otomí
que me ha herido la pierna!”
El otomí tuvo miedo,
dijo:
—“¡En verdad me matarán!”

Quihualhuica in huepantli,
in tlaxipehualli in mazatl,
ic quitlapaloco in Axaya.
Momauhtitihuitz.
Auh zan oquitlauhtique
yn ichuahuan Axayaca.¹¹

¹¹ *Cantares mexicanos...*, f. 53v.

Trajo entonces un grueso madero
y la piel de un venado,
con esto hizo reverencia a Axayácatl.
Estaba lleno de miedo el otomí.
Pero entonces sus mujeres
por él hicieron súplica a Axayácatl.



Mujeres nahuas, forjadoras de cantos, *Códice florentino*, x



Mujer *tlahcuilo*, pintora y artista de los códices, *Códice Telleriano-Remensis*, 30

TEMILOTZIN DE TLATELOLCO

DEFENSOR DE TENOCHTITLAN Y CANTOR DE LA AMISTAD*

Capitán famoso fue Temilotzin. Contemporáneo de Cuauhtémoc, sobre todo, amigo y compañero suyo, habría de desempeñar a su lado brillante papel en los días de la conquista. Oriundo de Tlatelolco y más tarde señor de Tzilacatlan, como lo refieren los Informantes de Sahagún, Temilotzin se adiestró desde los primeros años de su juventud en el arte de la guerra, sin que esto amenguara la que parece haber sido espontánea afición suya por la poesía.

Probablemente su deseo de llegar a ser forjador de cantos nació en sus años de estudiante en el *calmecac* de Tlatelolco, cuando pudo adentrarse en el conocimiento de las tradiciones, de los himnos sagrados y del simbolismo del pensamiento preservado en los libros de pinturas. El hecho es que hoy podemos afirmar que Temilotzin fue guerrero extraordinario, que alcanzó el alto grado de *tlacatécatl*, “comandante de hombres”, y llegó a ser al mismo tiempo cantor de la amistad. Si como poeta afirma que su más hondo deseo es “hacer amistad con los humanos en la tierra”, como guerrero tiene que hacer frente a la más imprevista de las agresiones, la que provino de forasteros misteriosos llegados de más allá de las aguas inmensas.

El recuerdo de Temilotzin se conserva en las crónicas indígenas y también en las palabras que en más de una ocasión pronunciaron acerca de él otros poetas amigos suyos. Así, evocando su actuación, cuando defendió a la metrópoli azteca, exclama uno de los poetas sobrevivientes de la conquista: “¡Esfuérzate,/ entrégate a la guerra,/ tlacatécatl Temilotzin,/ han salido de sus barcas los hombres de Castilla!”¹

* Nació a fines del siglo XV y murió en el año 7-Casa (1525).

¹ *Cantares mexicanos*, México, Biblioteca Nacional de México, Colección Archivos y Manuscritos (BN-FR), ms. 1628, f. 54v.

Hasta donde sabemos por los testimonios históricos, la actuación de Temilotzin se dejó sentir principalmente durante los días del sitio de Tenochtitlan. Por su rango de “comandante de hombres”, ejerció entonces, en las más difíciles circunstancias, las funciones correspondientes a esta elevada dignidad. Atribuciones suyas fueron, según el texto en que se describe la figura ideal del *tlacatécatl*, actuar como:

Jefe de águilas [...]
cuyo oficio es la guerra que hace cautivos.
Gran águila y gran tigre,
águila de amarillas garras
y poderosas alas,
rapaz,
operario de la muerte [...].
Instruido, hábil,
de ojos vigilantes, dispone las cosas,
hace planes, ejecuta la guerra.
Distribuye las armas,
dispone y ordena las provisiones,
señala el camino,
inquiérese acerca de él.
sigue su paso al enemigo.
Dispone las chozas de guerra,
sus casas de madera, el mercado de guerra.
Busca a los que guardan los cautivos,
escoge a los mejores.
Ordena a los que aprisionan a los hombres,
disciplinado, consciente de sí mismo,
da órdenes a su gente,
les muestra por dónde saldrá el enemigo.²

² *Códice matritense de la Real Academia de la Historia* (textos en náhuatl de los indígenas informantes de Sahagún), ed. facsimilar de Francisco del Paso y Troncoso, Madrid, fototipia de Hauser y Menet, 1907, v. VIII, f. 115v.



Temilotzin combate a los conquistadores durante el sitio de la capital azteca,
Códice florentino, XII

Por los mismos informantes que conservaron esta imagen del *tlacacatl*, conocemos la forma como hizo honor a su rango Temilotzin, luchando contra los hombres de Castilla. Cuando en los días del sitio, con sus bergantines y con frecuentes desembarcos los conquistadores hacen repetidos intentos de adueñarse de la capital azteca, Temilotzin al lado de Cuauhtémoc y de otros capitanes, intenta lo imposible por salvarla.

Al restringirse ya la defensa al antiguo islote de Tlatelolco vemos a Temilotzin que, en compañía de otros guerreros, sale al encuentro de los conquistadores para cortarles el paso. Escuchemos las palabras del testimonio indígena:

Entonces se pusieron en pie dos caballeros águilas y dos caballeros tigres [...], el primer tigre era Temilotzin y el segundo el mismo Coyuhuetzin. En el momento para atacar a los hombres de Castilla se ponen en marcha (Con otros muchos entran en sus barcas). A todo remo remaban, casi volaba su barca [...]. Cuando todos hubieron partido,

entonces se tañen las flautas. Muchos pobres han sido robados. Los guerreros mexicanos salen al frente a los saqueadores. Cuando vieron esto, nuestros enemigos intentaron huir. Muchos murieron en el agua, se anegaron, se ahogaron [...]. En verdad muchos murieron allí [...]. Una vez más lo digo: allí murieron muchos de nuestros enemigos [...]. Al día siguiente todo estaba en calma.³

La imagen final de la conquista recuerda una vez más como un símbolo la resistencia del “comandante de hombres”: “El tlacatécatl Temilotzin aún en vano se puso en guardia contra el enemigo. Se resguardó en una muralla, estaba ataviado como águila y llevaba una macana en la mano con la cual intentaba cerrarles el paso. Pero al ver que no era posible, luego se echó en el agua, por ella se fue”.⁴

Como prenuncio de la rendición de Tenochtitlan precedieron momentos de calma oprobiosa. Los informantes testigos lo recuerdan: “De golpe acabó la batalla. Todo quedó en calma [...]. Nadie hablaba siquiera. Los nuestros estaban replegados. Nada hacían los hombres de Castilla. Sólo estaban en sus posiciones. Nos observaban constantemente.”⁵

Entonces Cuauhtémoc y Temilotzin con otros capitanes, viendo que todo estaba perdido tras ochenta días de sitio, se pusieron a deliberar “en qué forma habríamos de someternos a los hombres de Castilla, cómo se haría y qué tendríamos que dar como tributo”.⁶

Ni por un momento se pensó en huir. Acordes están en esto los testimonios netamente indígenas en que se conserva la “visión de los vencidos”. Temilotzin, junto con los otros jefes, estuvo al lado de Cuauhtémoc y compartió su decisión. Dos textos, hondamente dramáticos, preservan el recuerdo del postrer momento: “En una barca llevaron a Cuauhtémoc [...]. Entonces lloró la gente del pueblo, decían:

³ *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain* (textos nahuas de Sahagún), 12 v., publicados por Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson, Santa Fe (Nuevo México), The School of American Research/University of Utah Press, 1950-1982 (Monographs of the School of American Research), libro XII, cap. XXXVIII.

⁴ *Idem.*

⁵ *Idem.*

⁶ *Ibidem*, cap. XXXIX.

ya se va el joven príncipe Cuauhtémoc, ya se va a entregar a los hombres de Castilla”.⁷

Y ya en la otra orilla: “Cuando salieron del agua, ya van Coyohuehuetzin, Tepantemotzin, Temilotzin y Cuauhtemotzin. Acompañaban a Cuauhtemotzin a donde estaba el capitán y don Pedro de Alvarado y doña Malintzin”.⁸

Y si a Temilotzin le tocó compartir con Cuauhtémoc la suerte del vencido cuando sucumbió Tenochtitlan, igualmente habría de ser destino suyo acompañar hasta el fin al último señor de los aztecas. En 1525, camino de las Hibueras, Temilotzin se halló también en Hueymolan Acallan, cuando Cortés hizo ahorcar a Cuauhtémoc. Por los *Anales de Tlatelolco* sabemos que él y otro noble llamado Ecatzin fueron testigos de su muerte.

El antiguo “comandante de hombres” y sobre todo el cantor de la amistad que perdía así al más grande de sus amigos, no quiso soportar más su condición de prisionero. Si Cuauhtémoc había muerto, no le importaba ya continuar sobre la tierra.

Los mismos *Anales*, haciéndose eco de una versión tal vez en parte legendaria, refieren la desaparición de Temilotzin. Después de la muerte de Cuauhtémoc, tanto él como el noble Ecatzin que habían tratado de ocultarse, fueron llevados a la presencia de Cortés y de Malintzin que se encontraban a bordo de una embarcación. Malintzin aparece allí interrogándolos con dureza: “Tú, Temilotzin, pregunta Malintzin, confiesa con verdad, ¿a cuántos de los señores mataste al tiempo de la guerra?”

Temilotzin, que al parecer ya tenía decidido cómo habría de escapar, le responde sin conceder grande importancia a sus palabras: “Escucha, Malintzin, es lo mismo que Ecatzin te ha dicho: ¿cómo podía yo ocuparme en contarlos? He luchado, he herido, he acabado con no pocos sin tener cuidado de ello.” Malintzin, quizás con intención de amedrentar a los prisioneros, añade entonces: “Ahora visitaremos al gran soberano, al que vive en Castilla. Allá pereceréis, allá vais a morir.”

⁷ *Idem.*

⁸ *Anales de Tlatelolco*, en *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*, ed. facsimilar de Ernst Mengin, Copenhague, Sumptibus Einar Munksgaard, 1945, v. II, f. 35.



Las insignias del Tlacatécatl, rango militar del poeta Temilotzin,
Códice Mendoza, LXVIII

Sin inmutarse Temilotzin cierra lacónicamente el diálogo: “Que así sea, vayamos allá, señora Malintzin”.⁹

Según los *Anales*, el barco en que estaban se dirigía supuestamente a Castilla. Se dice incluso que estaba ya en altamar. Temilotzin habló por última vez a Ecatzin, su compañero y amigo: “Oh Ecatzin, ¿adónde vamos? ¿Dónde estamos? ¡Vayamos a nuestra casa!”¹⁰

Perdida la antigua grandeza, Tenochtitlan destruida, muerto Cuauhtémoc, desaparecida la antigua hermandad, Temilotzin que había dicho como poeta que su más grande anhelo era “entrelazar con plumajes de quetzal la hermandad y rodear con cantos a la comunidad de los amigos [...], hasta que todos hayamos ido a la región de los muertos”, decidió entonces intentar la evasión. No sabía él hacia dónde habría de escapar, en todo caso llegaría a la región donde de algún modo se existe. El texto indígena nos da este cuadro de verdad extraordinario: “Temilotzin no quiso escuchar ni ser retenido [...], lo vieron

⁹ *Ibidem*, f. 10.

¹⁰ *Idem*.

cómo se arrojó al agua. Va nadando en el agua hacia el rumbo del sol. Malintzin le llama y le dice: ¿Adónde vas Temilotzin? ¡Regresa, ven! Él no escuchó, se fue, desapareció. Nadie sabe si pudo alcanzar la orilla del agua, si una serpiente lo devoró, si un lagarto se lo comió o si los grandes peces acabaron con Temilotzin [...]. En esta forma acabó consigo mismo, nadie le dio muerte”.¹¹

Esto es lo que sabemos acerca de la vida y desaparición del célebre comandante de hombres Temilotzin. Cantor de la amistad le hemos llamado porque se conserva de él un poema, bella afirmación de lo que significa en la tierra la hermandad, la comunidad y la entrega del propio corazón. Paradójica aparece así, como la de otros forjadores de cantos, la vida de Temilotzin. El hombre que tuvo por destino combatir a los forasteros de rostro desconocido y ver morir al último señor de los aztecas, nos dejó acerca de sí mismo el más humano de todos los testimonios: “Yo, Temilotzin, vine a la tierra para hacer amigos aquí.”

¹¹ *Idem.*

TEMILOTZIN ICUIC

Ye ni hualla, antocnihuan in:
noconcozcazoya,
nictzinitzcamana,
nictlahquecholiuimolohua,
nichteocuitla icuiya,
nicquetzalhuixtoilpiz
in icniuhyotli.
Nic cuicailacatzoa cohuayotli.
In tecpan nicquixtiz,
an ya tonmochin,
quin icuac tonmochin in otiyaque ye Mictlan.
In yuh ca zan tictlanehuico.

Ye on ya nihualla,
ye on ninoquetza,
cuica nonpictihuíz,
cuica nonquixtihuíz,
antocnihuan.
Nech hualihua teotl,
nehua ni xochhuatzin,
nehua ni Temilotzin,
nehua ye nonteicniuhtiacó nican.¹²

¹² *Romances de los señores de la Nueva España*, Austin, Universidad de Texas, Benson Latin-American Collection, ms. G59, f. 2r.

POEMA DE TEMILOTZIN

He venido, oh amigos nuestros:
con collares ciño,
con plumajes de tzinitzcan doy cimiento,
con plumas de guacamaya rodeo,
pinto con los colores del oro,
con trepidantes plumas de quetzal enlace
al conjunto de los amigos.
Con cantos circundo a la comunidad.
La haré entrar al palacio,
allí todos nosotros estaremos,
hasta que nos hayamos ido a la región de los muertos.
Así nos habremos dado en préstamo los unos a los otros.

Ya he venido,
me pongo de pie,
forjaré cantos,
haré que los cantos broten,
para vosotros, amigos nuestros.
Soy enviado de Dios,
soy poseedor de las flores,
yo soy Temilotzin,
he venido a hacer amigos aquí.

